

REESTRUCTURAR LA CONFERENCIA EPISCOPAL

OBISPOS DE EEUU

Una docena de obispos elaboró el documento siguiente el año pasado. Recibieron el respaldo de otros treinta obispos y lo presentaron a una comisión ad hoc de la Conferencia Nacional de Obispos Católicos (NCCB) de cara a la reestructuración de la NCCB y de la Conferencia Católica de Estados Unidos (USCC), su brazo administrativo.

El documento incluye sugerencias episcopales respecto al papel de los obispos estadounidenses y la necesidad de un diálogo con el Vaticano. Contiene también un llamado a una mayor apertura en la Iglesia.

Mirando atrás

La vida de la Iglesia era diferente en 1966, cuando la NCBB fue fundada. No eran comunes entonces los consejos parroquiales, ni existían los consejos pastorales diocesanos, ni los consejos presbiterales o económicos. También eran diferentes las oficinas diocesanas, principalmente porque había menor número de ellas. También el mundo era diferente; los cambios que se han dado en nuestro país y en la sociedad están desafiando a todas las instituciones: naciones, negocios, obras de caridad, colegios, hospitales, gobiernos, corporaciones, familias...

La NCCB se desarrolló notablemente en esos casi ochenta años. Basta comparar las agendas, procedimientos, estructuras y personal de 1966 con los que tenemos hoy. Pues bien, las estructuras y procedimientos de cualquier gran organización pueden volverse tan pesadas que su peso trabaja en contra de lo que quieren realizar.

Mirando hacia adelante

Se percibe un sentimiento creciente entre los obispos de que, como Conferencia, no estamos haciendo lo que deberíamos. Trabajamos arduamente en nuestras reuniones, nuestras agendas están bien planeadas, y llenas, pero terminamos con la sensación de que no llegamos a tratar muchos asuntos importantes y urgentes que tenemos ahí delante. A nadie, claro, se le niega de hecho hablar, pero de algún modo, dejamos pasar la oportunidad de tener un intercambio que refleje los pensamientos y los sentimientos que se oyen especialmente entre los obispos mismos, y entre los sacerdotes y otros dirigentes de nuestras diócesis. Muchos nos miran como una Conferencia que silencia los asuntos importantes en cuanto que se ocupa de minucias.

Pareciera que nos faltase un mecanismo para afrontar las materias importantes, los hechos sobresalientes. Si algo urgente aparece en la Iglesia de EEUU después de que fue marcada ya nuestra agenda, podemos cambiar la pauta al comenzar la reunión, pero, con frecuencia, no se plantea nada a ese respecto: Por ejemplo: una comisión de trabajo ad hoc, la presencia de especialistas en el tema en cuestión, etc. De hecho, nos volvemos a casa sin haber tratado seriamente el asunto. Ello redundaría en una pérdida de credibilidad ante los sacerdotes, los religiosos y los laicos. Y la falta de credibilidad evoluciona rápidamente en crisis de autoridad.

¿Por qué las preocupaciones mayores y más urgentes se quedan frecuentemente sin respuesta? Ciertamente, no es por falta de coraje. Los obispos están acostumbrados a habérselas con asuntos difíciles, diciendo cosas que les pueden hacer impopulares, asumiendo la lucha con coraje. Si, como cuerpo colegial, no tratamos los asuntos reales o no hablamos franca y abiertamente sobre ellos, no es porque los obispos tengamos miedo. Alguien puede pensar que ello se deba a la naturaleza particular de estos asuntos: por ejemplo, porque implican frecuentemente una discordancia en relación al abordaje hecho por las instancias curiales. Nuestro doble papel de dirigentes de una Iglesia particular y miembros de un colegio episcopal produce una forma especial de presión que ha de ser considerada. Se puede considerar también si la cuestión dependerá quizá de la estructura de la Conferencia o de la forma de las reuniones.

Dando lugar al Espíritu

En su discurso de la última cena, Jesús dijo a sus discípulos: «Tengo otras cosas que decirles, pero no las pueden sobrellevar ahora; mas cuando venga el Espíritu de la Verdad, El les llevará a la Verdad completa» (Jn 16, 12-13). Tras su muerte, resurrección y ascensión, la Iglesia comenzó una nueva etapa de su existencia. En los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis, un versículo es repetido seis veces: «Quien tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias».

Estamos, esencialmente, en la misma condición que la Iglesia del tiempo de los Hechos de los Apóstoles: el Señor murió, resucitó y ascendió al cielo. Tratamos de hacer la voluntad del Padre dando oídos al Espíritu. Y uno de los modos de oír al Espíritu es oírnos unos a otros, lo que significa que debemos hablarnos unos a otros a partir de lo que tenemos de más profundo.

Muchos obispos sienten que deberíamos reexaminar la presente estructura y los procesos de la NCCB/USCC para permitir que eso ocurra. Imaginen cómo sería si los obispos que se reúnen en Conferencia intercambiaran ideas y se sumergieran en los asuntos a la luz de cuestiones de este tipo: «¿cuál es el trabajo que el Espíritu está haciendo en la Iglesia ahora?, ¿dónde debemos concentrar nosotros los obispos nuestros esfuerzos y nuestra considerable influencia en la Iglesia y en el mundo?». Se tiene la impresión de que nuestras reuniones serían diferentes.

Es crucial que los obispos seamos capaces de hablar abiertamente, a partir de una perspectiva de fe, sobre cualquier cosa que afecte a la vida de la Iglesia. Debe ser posible discutir cualquier asunto que tenga relación con los fieles. ¿Tiene el Espíritu algo que decir a las Iglesias? Ciertamente, tiene algo que decir. Nuestra

actual estructura y nuestro proceso, ¿dan cabida al trabajo del Espíritu? Esta es la pregunta.

No se puede hablar de la estructura y los procesos sin hablar también sobre la necesidad de tomar más en consideración el «sensus fidelium». Dimos pasos importantes y dignos de elogio para hacer posible que las personas oyesen a través de los medios lo que tenemos que decir en nuestras reuniones. Ahora necesitamos tomar medidas para asegurar que nosotros oímos lo que las personas quieren decirnos, y eso antes incluso de que vayamos a nuestras reuniones. Somos maestros, pero los maestros necesitan ser también buenos oyentes. No vamos a las reuniones de la Conferencia sólo como individuos, sino como obispos colegialmente unidos unos a otros y al pueblo al que servimos. A ese respecto, debería observarse que no parecemos preparados para tomar en serio el Trabajo del Consejo Consultivo Nacional.

Si las encuestas sobre la religión son correctas, la mayor parte de la gente quiere conocer y amar a Dios y encontrar un sentido a su vida. Las mismas encuestas nos dicen que la mayor parte de la gente cree en Dios, va a la Iglesia y reza, incluso diariamente. La Iglesia Católica es la mayor corporación religiosa en EEUU y el número de sus miembros continúa creciendo. Por otra parte, en contraste con el estatus que tenían en los primeros 150 años de historia de nuestro país, los católicos de hoy están entre los más escolarizados, los profesionales, aquellos que tienen influencia en la historia y los destinos de la nación.

A pesar de eso, es evidente que algo no marcha. Las parroquias y las diócesis perciben que disminuye la asistencia a la eucaristía del domingo y hay desagrado entre las mujeres, los jóvenes y los hispanos. Los obispos católicos experimentan un problema de credibilidad respecto a muchos fieles. Hay un amplio número de «católicos de domingo» o, peor todavía, católicos sólo de nombre. Tuvimos éxito en instruir a los católicos en las verdades básicas, las leyes y las prácticas de la Iglesia, pero no lo hemos tenido en transmitir nuestra relación de fe con un Dios amoroso.

La Iglesia institucional no siempre está donde está la gente. A veces es profética y va delante de la gente, inspirándola y llamándola a una comprensión más completa; otras veces, es la gente la que avanza, especialmente en lo que dice relación a puntos críticos que tienen que ver con el llamado del evangelio en la vida diaria. Sugerimos que la NCCB precisa encontrar un camino mejor para conectar con la Iglesia, tal como ella está siendo vivida por la gente. (...)

Los documentos de la Conferencia

El ministerio de la palabra es fundamental y formativo en relación a todo lo que hacemos. La NCCB desempeña ese papel ampliamente a través de documentos escritos. Dada la importancia de este ministerio, ese método de comunicación debe ser examinado. El fracaso en comunicarnos efectivamente con el pueblo da la impresión de que actuamos en un plano diferente y somos una «Iglesia diferente».

Documentos largos pueden ser necesarios durante la etapa de revisión y discusión episcopal. Pero tales documentos, no importa lo valioso que sea su contenido, no sirven para alcanzar a grupos grandes de personas. La NCCB ganaría mucho

si se analizase la forma como la gente percibe las cosas y trabajase a partir de esos datos en busca de mejores caminos de comunicación.

La manera de enseñar de los obispos necesita estar más en sintonía con la manera como las personas aprenden: más personal, dialógica, intuitiva e interactiva; no tan abstracta y didáctica. Los documentos largos, pesados... son leídos apenas por algunos teólogos, unos pocos sacerdotes, y los obispos, que se leen unos a otros.

Una de las formas más eficientes de comunicar nuestros mensajes es la de desarrollarlos en forma dialógica. La forma como modelamos nuestra posición es a veces criticada por no tener relación con lo que está aconteciendo en la vida de la Iglesia. Necesitamos algún mecanismo para escuchar a las personas antes de llegar a alguna conclusión. El modelo de tener auditorías parece que podría ampliarse o adaptarse.

Escribir un documento es sólo el primer paso; todavía queda lo principal: comunicarlo. La mayor parte de esta responsabilidad queda a cargo del obispo, individualmente: él debe llevárselo a casa y descubrir caminos para la comunicación.

Los documentos de la Conferencia, resultado de un arduo trabajo, son generalmente mal divulgados. Menos documentos, pero breves e inspiradores, ¿no tendrían un impacto mayor en la Iglesia y en el mundo? Si fueran escritos en lenguaje popular, comprometerían más la fe de la gente. Deberíamos considerar la posibilidad de publicar el mismo documento en versiones diferentes para grupos diferentes, por ejemplo: un folleto para la distribución en masa, un boletín dominical para los católicos practicantes, un texto más amplio para profesores, etc.

Relación de la NCCB con la Iglesia universal

Necesitamos recordar el doble papel de los obispos, como nos recordó el cardenal Bernardin en 1977: «estar en unión con el Papa y el Colegio de los obispos, y también ser fieles a la experiencia de fe de nuestra Iglesia local».

Algunas de nuestras preocupaciones específicas son:

-Cuando en el pasado se formulaban documentos, no los sometíamos a Roma hasta que los hubiésemos discutido plenamente, los hubiésemos terminado y votado. Ahora, frecuentemente, son sometidos de antemano por el presidente de la comisión y, a juzgar por los resultados recientes, no existe diálogo. La respuesta que viene de Roma es tomada como una directiva.

-El documento sobre «El ministerio de enseñanza del obispo diocesano» fue enviado a Roma para su aprobación antes de ser presentado a la Conferencia.

-La carta que el cardenal Ratzinger escribió a la comisión hablando de la pastoral en relación a la mujer influyó significativamente el desarrollo del documento. Por lo demás, eso ocurrió sin conocimiento ni participación del resto de la Conferencia que no había visto y todavía no ha visto tal carta.

-Lo mismo se puede decir de la carta del cardenal Ratzinger con relación al documento sobre la nutrición y la deshidratación.

-En asuntos vitales de naturaleza pastoral los obispos se sienten muchas veces ignorados. Un ejemplo reciente fue la traducción del Catecismo. Esa tarea fue completamente sustraída de nuestra manos y de la de otras conferencias de lengua inglesa. El esbozo que vimos antes parece haber sido «interceptado» por un pequeño grupo que consiguió reintroducir el lenguaje sexista, provocando una considerable demora en el plazo, sin consultarnos. Estuvimos esperando pacientemente, casi como si fuéramos niños. Esto sugiere la necesidad de un relacionamiento más adulto y colegial con Roma.

-El Directorio sacerdotal fue enviado por la Congregación del Clero sin la participación de las conferencias de los obispos. Si hay un asunto para el que el obispo local deba ser consultado, es éste.

-El documento *Ex corde*, que trata de las instituciones de educación superior, vino de Roma, sin consulta para la conferencias.

-Igualmente, la reciente carta apostólica *Ordinatio Sacerdotalis* fue emitida sin discusión anterior ni consulta a nuestra Conferencia. En un ambiente de serio cuestionamiento sobre enseñanzas que muchos católicos juzgan necesitan más estudio, los obispos se ven ante problemas pastorales en la recepción de esa carta. Las cuestiones que ahora están siendo planteadas por mujeres, teólogos, ecumenistas y muchos de los fieles como resultado de esa nueva carga apostólica representan un inmenso problema pastoral que podría haber sido evitado si hubiese habido comunicación más regular y abierta entre nosotros y Roma.

Hay ocasiones en las que hemos de tener la iniciativa de responder como Conferencia a los comunicados de varios tipos que llegan de Roma. Respondemos como Conferencia cuando lo pide algo que nos es enviado. Pero, ¿no sería apropiado que discutamos y demos alguna respuesta, como Conferencia, a otros documentos romanos que nos llegan? Por ejemplo: la «Carta a los obispos sobre el significado de la comunión», los «lineamenta» para el sínodo de 1994 y la «Declaración sobre la admisión de las mujeres al presbiterado». Tales discusiones de doble dirección forman parte de nuestra antigua tradición. Una respuesta, más que un simple reconocimiento, es importante cuando se percibe que estos documentos se convierten en influencias históricas cuando los dejamos sin comentario y se convierten en fuentes de autoridad al ser citados en documentos subsiguientes.

Otro campo en el que podríamos tomar la iniciativa tiene que ver con las preocupaciones sobre la «reinterpretación» del Vaticano II. Se da un sentimiento muy difundido de que, durante varios años, en diferentes niveles de autoridad, los documentos romanos han estado reinterpretando sistemáticamente los documentos del Vaticano II para presentar las posiciones de lo que fue la «minoría» en el Concilio Vaticano II como su verdadero significado. La citada «Carta a los obispos sobre el significado de la comunión» sería un ejemplo concreto. Interpreta la comunión en forma vertical, subrayando los lazos entre los obispos individualmente y el papa, disminuyendo el acento en la colegialidad de las conferencias nacionales. Esa es una interpretación muy particular o una reinterpretación de la *Lumen Gentium* (y de otros documentos conciliares) hacia una eclesiología vertical.

Otra gran preocupación es el desarrollo de un cuerpo supracolegial, o sea, los cardenales. El uso creciente del Colegio de los Cardenales como consultores del papa necesita ser examinado. Desde el punto de vista práctico, debilita el principio de la colegialidad. El «colegio» de los cardenales es muy diferente al colegio de los obispos. Se oyen preocupaciones en torno a los procedimientos adoptados en los sínodos. Hay una regla de silencio impuesto sobre las conferencias y sobre la publicación de intervenciones individuales. Por ejemplo, la respuesta dada a los lineamenta por las jerarquías nacionales no pueden ser compartidas. No sabemos lo que otras conferencias de lengua inglesa escribieron en preparación al último sínodo, menos todavía lo que dijeron otras conferencias. Se dan también inquietudes respecto al procedimiento para la selección de los delegados. Todo esto nos parece materia adecuada para una discusión en la Conferencia.

Discusión abierta y confianza entre los obispos

Reestructurar la Conferencia y sus procedimientos no tiene sentido si los obispos no fueran capaces de hablar honestamente unos con otros. La discusión abierta de asuntos sustanciales no sería útil si se diera un problema básico y serio de desconfianza entre los obispos, una falta de apertura y honestidad en la manera de pensar, sentir y obrar. Hasta la identificación de los problemas puede ser imposible en el grupo grande si faltase confianza y apertura.

¿Cuáles son los factores que inhiben la discusión abierta y la confianza? Algunos obispos temen que, al plantear ciertos temas, puedan ser considerados desleales o puedan causar escándalo. Son conscientes de la preocupación de ciertos católicos estadounidenses respecto a la lealtad, interpretada como estricta e indiferenciada aplicación de las normas romanas, con la noción de la Iglesia como una multinacional con sede en Roma y filiales (diócesis) por todo el mundo. Hasta se puede tener razón en algún tema, pero hablar abiertamente es visto como desleal y peligroso para la fe de la comunidad. Ayudaría el recordar que los obispos no van a tener unanimidad en todos los asuntos de la Iglesia. Tenemos que saber habérnoslas con la cuestión de las declaraciones de la minoría, y no tener miedo de admitir que las discordancias son parte integrante de cualquier proceso de maduración.

También ayudaría tener en mente que la mayoría de los asuntos con que nos las tenemos que ver no son cuestiones de fe, sino temas prácticos y/o pastorales.

A veces, el tema que estamos discutiendo y votando no es realmente el asunto mismo que tenemos entre manos: hay otra cosa por debajo.

Algunos obispos dan la impresión, consciente o inconscientemente, de que hablan en nombre de la Curia y por Roma, y que conocen, de una manera que está vedada a los demás, la mente del Vaticano. Hay una sensación de que algunos obispos pueden tratar directamente con Roma asuntos que están siendo considerados en la Conferencia, y que ejercen significativa influencia al respecto. Cada obispo debe tener el derecho de dirigirse directamente a Roma; lo que se cuestiona la atención que Roma deba prestar a los comentarios individuales de un obispo cuando el asunto está siendo tratado en la Conferencia.

La necesidad de encontrar caminos para tener una discusión más abierta en un clima de confianza queda bien ilustrada por la consideración de los puntos actuales de la Iglesia respecto a los cuales parece que no somos capaces de expresarnos. Esos puntos podrían incluir la falta de sacerdotes, los temas ecuménicos, la fundación de escuelas, las mujeres y la igualdad en la Iglesia, la relación de los jóvenes y de los hispanos con la Iglesia, una mejor predicación, una mejor liturgia, mejor relación con los pobres, la relación de la Conferencia con Roma, la imagen pública de la Iglesia en la cuestión del aborto, los procesos de anulación, la pérdida de la Eucaristía, la alianza del ala derecha con algunos líderes fundamentalistas, la contracepción, la ética sexual, el tipo de candidatos que están siendo atraídos al sacerdocio, el sentimiento anticatólico que emerge en EEUU, la ordenación de hombres casados, los rumores sobre alto porcentaje de homosexuales en los seminarios y en el sacerdocio. En particular, la cuestión de la pedofilia entre los sacerdotes continúa creando un problema serio de credibilidad para los obispos de EEUU a causa de nuestra perceptible falta de voluntad de afrontar y explorar las razones de esa terrible tragedia.

Los obispos como líderes

Hay formas muy diversas de ser un buen dirigente, pero una cosa es cierta: el obispo está llamado a ser un dirigente. Los obispos pueden sentir la tentación de acomodarse al papel de funcionarios o contentarse con el mantenimiento. Si eso ocurriese, la dirigencia pasará a otros, principalmente a quienes tienen apoyo financiero para asegurar que su punto de vista no sea puesto en cuestión y domine a través de la TV y los medios impresos.

Sin duda es una caricatura, pero se tiene la impresión creciente de que entre los criterios para la elección de los obispos, las cualidades de dirigencia son puestas muy a un lado en favor de unas cualidades que identifiquen al candidato como «seguro». Sin embargo, un dirigente es precisamente una persona que aceptará riesgos, será creativo y no vivirá obsesionado por la posibilidad de ser engañado.

Se necesita una visión del mundo y un liderazgo que fortalezca al pueblo, congregue a las personas, les dé energía para poner en marcha su capacidad creativa y construir un mundo, una sociedad diferente. La Iglesia es una arena de competición para capturar las mentes y la imaginación del pueblo para construir el futuro. Los obispos, individualmente o como Conferencia, están especialmente llamados a ser líderes transformadores, articulando una visión del Reino que atraiga a las personas, que profundice las relaciones con Dios y con los otros a través de sus vidas y de su ministerio de servicio.

Estas reflexiones fueron expresadas con una intención constructiva a partir de un profundo amor a la Iglesia. Es hora de revisar las estructuras y procedimientos de nuestra conferencia episcopal a la luz de una colegialidad efectiva y afectiva, y de buscar caminos para ejercer el liderazgo al que fuimos llamados.

[Reportaje especial del National Catholic Reporter del 28.7.95 (aparecido el 30).

Traducción de Diakonia]